

Psiquis y Cultura

Samuel Arbiser

“Si es cierto, según creemos hoy, que el individuo no es el resultado automático de su combinación genética, antes bien el resultado de su desarrollo, es decir, de su interacción con el medio en el que nace y crece, debemos admitir que la psicopatología individual cambia, del mismo modo que cambia el individuo humano, de acuerdo con el medio socio-cultural en el cual se forma (Ranguell, 1975)”.

Eugenio Gaddini (1984)

Este artículo es una invitación a reflexionar sobre tres puntos:

El primero postula la relación de interdependencia entre la vida en la cultura y el extraordinario desarrollo de la psiquis humana.

El segundo propone la noción de “grupo interno” como modelo del psiquismo que, en mi opinión, se ajusta más a dar cuenta de esta interdependencia. En tanto esta relación de interdependencia es compleja y dista de ser simétrica, requiere ciertas precisiones sobre los niveles epistemológicos de abordaje.

El tercero sostiene, como consecuencia de los anteriores, la íntima relación entre las características de la cultura en cada momento y lugar, y las expresiones de la psicopatología, como lo señala el epígrafe. En el caso particular de la cultura posmoderna y su psicopatología tributaria, convendría desbrozar sus valores subyacentes para confrontarlos con los valores implícitos del método psicoanalítico, en línea, a mi juicio, con los valores humanos más permanentes.

I) Sigmund Freud, sin proponérselo, escandalizó al respetable *establishment* social y académico de su época cuando, en sus investigaciones sobre las histerias reconoce una etiología sexual y, como efecto no deseado de sus hallazgos, desenmascara la hipocresía social o, si se quiere, la doble moral en los asuntos de la sexualidad. No lo amedrentó el “espléndido aislamiento” a que lo condenó su entorno y, a lo largo del proceso de creación del método y la teoría psicoanalítica, específicamente aplicable a los individuos, fue además reflexionando sobre la dimensión colectiva, es decir sobre lo social y cultural. “La moral sexual y la ‘nerviosidad’ moderna” (1908), “Tótem y Tabú” (1912/3), “Psicología de las masas y análisis del yo” (1921), “El porvenir de una ilusión” (1927), “El malestar en la cultura” (1930), “El porqué de la guerra” (1932) y “Moisés y la religión monoteísta” (1938) conforman un correlato o, si se quiere, un contrapunto entre lo individual y lo colectivo (social o cultural).

El psicoanálisis nació en el apogeo de la cultura europea “moderna” de finales del siglo XIX cuando Sigmund Freud emprende el abordaje de sus pacientes “nerviosos” explorando un método y explicaciones inéditas para la medicina de sus contemporáneos. Justamente él, un riguroso neurofisiopatólogo familiarizado y experto en el uso del microscopio, deja de lado ese maravilloso instrumento óptico que había prometido develar en forma definitiva todos los enigmas etiológicos de las enfermedades. A cambio, reconoce como sustento de los síntomas al “infortunio ordinario” y, de este modo, produce un extraordinario salto metodológico y epistemológico en el esclarecimiento de “la miseria histérica”. *“Repetidas veces he tenido que escuchar de mis enfermos, tras prometerles yo curación o alivio mediante la cura catártica, esta objeción: ‘Usted mismo lo dice; es probable que mi sufrimiento se entrame con las condiciones y peripecias de mi vida. Usted nada puede cambiar en ellas, y entonces, ¿de qué modo pretende socorrerme?’. A ello he podido responder: ‘no dudo que al destino le resultaría más fácil que a mí librarlo de su padecer. Pero usted se convencería de que es grande la ganancia si conseguimos mudar su miseria histérica en infortunio ordinario. Con una vida anímica restablecida usted podrá defenderse mejor de este último’ ”* (Freud, 1895, resaltado mío). Por consiguiente, ni microorganismo ni alteración celular o tisular eran los responsables de las neurosis, sino que se trataba de “condiciones y peripecias de la vida”, es decir, vicisitudes de los inevitables conflictos derivados de la convivencia entre los seres humanos en la cultura.

Probablemente no se valora en su merecida dimensión la forma en que se supera, de esta manera, el impasse en que la psiquiatría clásica se había estancado persiguiendo sus esfuerzos en el terreno de la biología.¹

En última instancia, si bien los humanos compartimos con los animales el mismo fin biológico de la supervivencia individual y de la especie, nos diferenciamos de ellos, esencialmente, en razón de que nuestro ecosistema no es sólo el mundo “natural”. En realidad nuestro ecosistema es, en mucha mayor medida, el mundo “sociocultural”, a través del cual debemos satisfacer tales fines. En consecuencia, mientras que los animales pueden conformarse con un rudimentario psiquismo confiando en que sus instintos harán toda la labor necesaria para lidiar por la supervivencia individual y de la especie, en el “homo sapiens” esa tarea no es exclusivamente instintiva sino mayormente aprendida y, por consiguiente, la variabilidad del éxito del aprendizaje de la asignatura de la vida en la sociedad y en la cultura dependerá de las cambiantes vicisitudes del desarrollo de su aparato mental. Al señalar la preponderancia de lo aprendido por sobre lo instintivo,² pretendo plantear que la complejidad del psiquismo humano, tanto en su rendimiento como también en su vulnerabilidad, está en consonancia con la extraordinaria complejidad de la cultura. De este modo pretendo poner el énfasis en la inextricable y solidaria relación de interdependencia entre el desarrollo de nuestra mente y el desarrollo de la cultura y, en ese mismo orden, interesar en el modelo de psiquismo que propuso Enrique Pichon Rivière (1971) y yo mismo (Arbiser, S., 1985, 2001) intenté desarrollar a lo largo de las últimas décadas, el “grupo interno”, en tanto este modelo tiene como eje esa relación psiquis-cultura. De paso, aunque no menos importante, queda de este modo delimitada la jurisdicción de las problemáticas tributarias del psicoanálisis y, por consiguiente, circunscribe el alcance de su no menos controvertido “hecho clínico”: “el infortunio ordinario”, en forma independiente de sus manifestaciones sintomáticas en el área cuerpo, mente o mundo externo (Bleger, 1963).

¹ En contraste, no se pueden desconocer, en la actualidad, los significativos avances en neurociencias y la potencialidad de los métodos de investigación en curso.

² En realidad se trata de dos niveles de aprendizaje: el filogenético (instintivo) y el ontogenético (aprendizaje propiamente dicho).

II) *El grupo interno* es una manera de visualizar y conceptualizar –en un sentido funcional– el psiquismo humano. Se trata de un repertorio de estructuras vinculares organizadas en una unidad que las hace coherentes (en el mejor de los casos³). Estas estructuras vinculares, están en permanente intercambio de retroalimentación con las estructuras vinculares concretas del mundo externo presente. Fueron incorporadas a lo largo del desarrollo evolutivo y reproducen, refractado en el mundo interno, el mundo social y cultural propio de cada sujeto. La infinita variedad de historias personales determinantes del desarrollo evolutivo mencionado determina la “*singularidad*” de ese mundo social y cultural internalizado. Aquellas partes excluidas o rezagadas del proceso de intercambio de retroalimentación con la realidad externa configuran las fuentes de la psicopatología.

La noción de *grupo interno* proviene de las enseñanzas –fragmentarias– de Enrique Pichon Rivière dispersas a lo largo de la tradición oral y escrita de su obra, en nuestro medio. Su rescate y desarrollo⁴ fue estimulado por la búsqueda de un modelo de la mente que pudiera, sin forzamientos, dar cuenta de abordajes tanto individuales como multipersonales. Y además, porque implicaba una concepción del psiquismo determinado e inmerso en el contexto sociocultural que constituye el hábitat humano; hábitat que se presta mejor a un modelo “dramático”, donde se plantean las ya mencionadas “condiciones y peripecias de la vida”. En contraste con otras teorizaciones,⁵ en tanto este “infortunio ordinario” tiene una expresión en el ámbito colectivo, interpersonal e intrapsíquico, la noción propuesta de grupo interno pretende articular estos tres ámbitos.

Mi opinión es que el “infortunio ordinario”, al que Freud aludía en sus tempranos trabajos, es la porción del inevitable “malestar en la cultura” que nos toca a cada persona enfrentada a la tarea de vivir. Por lo tanto, partiendo de la idea de que la cultura sería algo así como el psiquismo de la humanidad en su conjunto, se podría proponer tres niveles de abordaje del “malestar en la cultura”. *Un nivel general*

³ La estructura psicopatológica del “fronterizo” representaría la forma desagregada de esa unidad.

⁴ Arbiser, Samuel, 1973, 1978, 1984, 1985, 1986, 1988, 1990, 1992, 2001.

⁵ Me refiero al Psicoanálisis del Vínculo de J. Puget e I. Berenstein que hacen de la diferencia entre relación de objeto y vínculo un elemento central de su teorización (Berenstein, I., Puget, J., 1997, *Lo vincular*. Buenos Aires, Paidós).

abordado por la sumatoria de las disciplinas humanas más abarcativas: la Filosofía, la Política, la Economía, el Arte, la Literatura, la Religión y demás que estudian los múltiples aspectos que hacen a los universales que se dan en toda cultura. *Un nivel particular* que enfoca características de época o lugar, o de grupos determinados que estudia la Antropología y la Psicología Social entre otras. *El nivel singular*, dependiente del encuentro constitutivo entre cada cultura particular con la dotación genética de cada individuo y cada detalle de sus circunstancias vitales. Este temprano encuentro de la impronta cultural y el desvalido neonato humano instituye el psiquismo, que requerirá muchos años de evolución, asistido por el entorno cultural íntimo (la familia) y, que con el transcurso del tiempo será cada vez más abarcativo. Es en este último nivel del “malestar en la cultura”, el de la singularidad, en que el psicoanálisis tiene su lugar específico de acceso.

No es que los psicoanalistas no hayan intentado incursionar en los otros niveles. Freud mismo lo hizo en todos sus trabajos “sociales” ya mencionados y, si bien se consideran aportes esenciales en el campo psicoanalítico, lograron sólo una limitada pregnancia en los campos específicos más abarcativos de la Religión, la Antropología, la Historia, y la Dinámica de los Grupos. Nicolás Espiro (1985) hace, en ese sentido, una interesante e instructiva crítica epistemológica al texto freudiano de “El Malestar en la Cultura”. Los pensadores de la cultura en su nivel más general no ignoran la importancia decisiva del psicoanálisis y sus aportes para la comprensión de la conducta humana, pero no aceptarían que por sí sólo explicara las motivaciones que afectan a la vida colectiva, la dinámica de los grandes eventos sociales y los movimientos evolutivos que se dan en la cultura. Nadie con prurito epistemológico aceptaría sin reserva que la guerra es un producto del incremento del “instinto de muerte” o de las “tendencias filicidas” de los individuos de una comunidad determinada. Es necesario reconocer que a lo largo del siglo XX, si bien el psicoanálisis influyó en los decursos de la cultura, sólo lo hizo en una medida modesta. La cultura tiene sus propios dinamismos que desbordan ampliamente las posibilidades explicativas y operativas del psicoanálisis. Sería ingenuo suponer que una humanidad idealmente psicoanalizada en su totalidad evitaría las guerras, la distribución desigual de los bienes y la administración arbitraria del poder y del sexo. Las instituciones psicoanalíticas, en las cuales se supondría que todos sus miembros estarían psicoanalizados, no muestran mejores

conductas que la sociedad en su conjunto cuando se ponen en juego las cuestiones mencionadas.

Retomando la ilación, los sucesivos modelos del psiquismo que fueron apareciendo desde las primeras épocas de la teorización freudiana, respondieron a los distintos énfasis en el devenir de la práctica y a la suma de los recursos epistemológicos con que se contaba en cada época para formar los constructos teóricos.

Con la teoría psicoanalítica de las “identificaciones constitutivas” (Freud, 1917, 1921, 1923) se da el paso decisivo para configurar a nuestro psiquismo como un espacio interno poblado por el mundo humano (cultural): a mi juicio, un verdadero punto de inflexión en la teorización freudiana con sus ponderables consecuencias epistemológicas. Previamente a la teoría de las identificaciones, el eje de la teorización giraba en torno a la “represión”, que constituía la interfase entre la consciencia y el inconsciente. Las explicaciones se expresaban en términos vectoriales de fuerzas en conflicto y de formaciones de compromiso entre las fuerzas. El descubrimiento de la existencia de un mundo psíquico desconocido en cada persona, el inconsciente, centralizaba –y lo sigue haciendo– el asombro de la nueva disciplina. A mi entender, la teoría de las identificaciones subsume, sin descartarla, la anterior de la represión y configura un nuevo punto de partida. La noción de “grupo interno” se basa en la teoría de las identificaciones y en la de las relaciones de objeto (M. Klein), pero las complejiza al sostener que lo que se internaliza en nuestro psiquismo y lo constituye no son objetos “aislados”, sino complejas estructuras vinculares portadoras de las peculiaridades organizacionales sociales y la herencia cultural, propias de cada grupo familiar. En pocas oportunidades Freud se expide tan claramente en el sentido de visualizar a los padres como intermediarios entre mandato social y el niño en desarrollo, como en la siguiente cita: *“La hija encuentra en la madre la autoridad que cercena su voluntad y la persona a quien se ha confiado la misión de imponerle esa renuncia a la libertad sexual que la sociedad demanda” ... “Para el hijo el padre encarna toda la coacción social, que soporta a disgusto”* (1915-16) (Resaltado mío).

Durante siglos y, al concierto de las rivalidades a ambos márgenes del Canal de la Mancha, se discutió la prevalencia significativa y genética del individuo o de la sociedad (Tarde en Inglaterra y Durkheim en Francia), acorde con una posición individuocéntrica o sociocéntrica. Freud mismo, en sus estudios sociales, reconoce la

inviabilidad de la cría humana aislada y su consecuente necesidad de una vida colectiva, aunque necesita postular a la libido como motor incitador de la unión social entre los hombres. Tampoco él, producto de su propia época, pudo soslayar, en la apreciación de la vida humana, el equivalente a lo que en la visión del universo significó la antigua visión de Ptolomeo⁶ frente a la innovadora de Copérnico. En cambio la postura de Pichon Rivière, con su concepción de “emergente” y “portavoz”, pone en otros términos la relación individuo-sociedad. Esto conduce a que la pregunta acerca de cómo se constituyen los grupos a partir de los individuos deba invertirse por la pregunta acerca de cómo se deviene psicológicamente individuo a partir de su grupalidad e indiferenciación psíquica originaria.

El hombre vive en distintos grupos de pertenencia independientemente que esté rodeado de multitudes o viva como un anacoreta (como bien lo señala Freud [1914] cuando diferencia “introversión” de la libido de la “retracción” narcisista). La grupalidad está planteada de entrada pero oscurecida por una implícita ideología egocéntrica, individualista o ptolomeica. La vida familiar, independientemente de sus variables características a lo largo de la historia y la geografía, es consustancial al desarrollo evolutivo del humano y es allí donde tiene la oportunidad de “realizarse” el complejo de Edipo con el cual cada ser humano viene constitucionalmente dotado. Considero que el Edipo es innato como el lenguaje; y, que en contraste, las múltiples variables de su realización (diferente de la consumación) son adquiridas culturalmente al igual que la diversidad de los idiomas. La estructura innata del Edipo configurando una unidad con el Complejo de castración consistiría, en última instancia, en un dispositivo clasificador que permitiría organizar, a través del registro de las diferencias, el mundo humano en por lo menos estas direcciones: yo-no yo, adultos-niños, masculino-femenino, vida-muerte. No ahorraría en recordar que la “realización” implica el vivenciar y ejercitar una disposición innata y que la consumación, por otra parte, implicaría una particular manera de vivenciar y ejercitar tal disposición que terminaría nivelando, soslayando o anulando esas diferencias

⁶ Sin embargo no puede menos que reconocerse la variación en su concepción del narcisismo primario desde su “introducción...” en 1914, con un punto de partida en la acumulación libidinosa en una vesícula aislada (el Yo) para luego dirigirse a los objetos, y su postura en 1930 sobre el narcisismo como sentimiento oceánico. Es decir: primero se parte del individuo al conjunto y luego el individuo como diferenciación desde el conjunto.

determinando los mecanismos descriptos por Freud como desmentida (*Werleutung*) o desestimación (*Werwerfung*).

El lugar decisivo que asigno a la cultura y la sociedad, correlativo a la conformación y función de la mente humana, permite ver en una nueva significación la latencia, como etapa del desarrollo evolutivo. Visto de esta manera, no se trataría sólo de un impasse en la sexualidad, sino que, su principal función estaría al servicio de establecer un espacio y un tiempo necesario para la incorporación en cada individuo del inmenso patrimonio cultural acumulado en los miles de siglos desde la aparición del homo-sapiens en la tierra.⁷

Si atendemos, aunque sea en forma somera, a la dinámica de la vida social, veremos que no se puede soslayar el hecho de que vivimos asumiendo y adjudicando roles. La conformación del psiquismo como repertorio de estructuras vinculares de distinto nivel evolutivo (indiferenciado, narcisístico o edípico) conlleva a atender al concepto de los roles, habitualmente estudiado por psicólogos sociales. Por consiguiente, las estructuras vinculares que conforman el grupo interno están configuradas también como los roles de la vida social que, aparte del nivel evolutivo ya señalado, se ordenan en sentido vertical (a partir del modelo de padres e hijos) u horizontal (a partir del modelo de la convivencia entre hermanos y pares). Estos pueden clasificarse en roles “prescritos” o roles “sentidos” (Pichon Rivière). Los roles “prescritos” son las posiciones en que se instalan los sujetos en relación con otros sujetos y con el conjunto, en función de una designación provista por la propia organización social. En contraste, los roles “sentidos” dependen del desempeño concreto de los mismos, y son tributarios del eje diacrónico,⁸ que es sinónimo del desarrollo evolutivo propio de cada persona singular. La vida humana se desenvuelve en el encuentro entre el eje sincrónico del campo social y el eje diacrónico de cada persona y, en este encuentro, el psicoanálisis opera sobre el último mencionado, sin desconocer el escenario que brinda el anterior. El tema de los roles permite reconocer que la dinámica que mueve nuestra conducta es más compleja de lo que pretenden las visiones polarizadas más simplistas, llámense éstas culturistas o instintivistas. Nuestra conducta no está determinada solamente por nuestra historia evolutiva sino,

⁷ Freud (1923, pág. 37) lo expresa como “herencia del desarrollo hacia la cultura”.

⁸ Pichon Rivière importa los términos sincrónico y diacrónico de la Lingüística Estructural de Ferdinand de Saussure.

además y simultáneamente, por el campo social en el que interactuamos. En otros términos, es el campo social el que decide qué se activa o desactiva de nuestro repertorio de roles (grupo interno) en cada momento de nuestra vida. Con este planteo se superaría la dilemática polaridad entre los que sostienen la preponderancia de la realidad psíquica sobre la realidad fáctica o viceversa, tanto en el campo teórico como en el clínico. Justamente, de acuerdo a la propuesta de este trabajo, los psicoanalistas no desconocemos ni desestimamos las influencias del campo social sobre los individuos, sólo que no operamos sobre ellas. Operamos sobre la realidad psíquica de la persona; realidad psíquica con la cual esta persona debe enfrentar e interactuar en la realidad fáctica.

III) A lo largo del punto anterior, se ha insistido en la articulación entre el nivel colectivo, interpersonal e intrapsíquico, alertando asimismo sobre la asimetría de las influencias entre estos niveles y advirtiendo ante las explicaciones psicoanalíticas excluyentes para dar cuenta de los cambios culturales. Estos cambios responden, como ya se ha afirmado, a una complejidad y diversidad de fuerzas que rebasan ampliamente los factores estudiados por el psicoanálisis. Pero, en sentido contrario, pocos pondrían en entredicho la evidencia de que los cambios culturales producidos a lo largo de la historia de la humanidad han redundado en marcados cambios en la subjetividad y por consiguiente en la psicopatología, como lo expone el instructivo trabajo ya citado de Eugenio Gaddini (1984), “Los cambios en los pacientes psicoanalíticos de nuestros días”. Este autor se esmera en poner de manifiesto los cambios en la psicopatología a lo largo del siglo XX en paralelo a los cambios culturales, especialmente en los interregnos entre las grandes guerras del siglo XX, aunque también reconoce que las novedades derivarían, a su vez, de una ampliación y perfeccionamiento de la capacidad indagatoria del instrumento psicoanalítico.

Por consiguiente, dada la imposibilidad de operar y explicar en el nivel más general del “malestar en la cultura”, lo que el psicoanálisis sí puede abordar son los “infortunios humanos” individuales de aquellos pocos hombres y mujeres con suficiente “egodistonía” que acuden a él para procesarlos y permitirles, de este modo, una “adaptación activa a la realidad” en los términos de Pichon Rivière o conducta “aloplástica” en los términos de Freud (1924) cuando define: *“Llamamos normal o ‘sana’ a una conducta que aún*

determinados rasgos de ambas reacciones: que como en la neurosis no desmienta la realidad, pero, como la psicosis, se empeña en modificarla. Esta conducta adecuada a fines, normal, lleva a efectuar un trabajo que opere sobre el mundo exterior, y no se conforma, como la psicosis, con producir alteraciones internas; ya no es autoplástica, sino aloplástica". Esto implica un proceso dialéctico entre lo que daría en llamar "una introspección crítica" (el insight) y una visión asimismo crítica⁹ (ni contestataria, ni sectaria) del nivel más general del "malestar en la cultura" y de los complejos dinamismos que lo provocan.

El impresionante avance en la ciencia y en la tecnología de nuestro tiempo, características de la cultura actual, condujo, como ya se ha reiterado, a un vertiginoso cambio de la subjetividad humana. Al respecto, hay abundante e instructiva literatura de pensadores autorizados, psicoanalíticos (McDougall Joyce, 1982;¹⁰ Ahumada J., 1997; Carlisky N. [compilador], 1998), y de otros campos (Lipovetsky G. 1983; Sartori G., 1998).

Se ha insistido, con razón y cierto tono nostálgico, en que el psicoanálisis marcha a contrapelo de la cultura posmoderna. Esa evidencia, lejos de abatirnos, debiera estimular la creatividad de los psicoanalistas para abordar con renovados bríos el desafío que lo nuevo nos plantea e intentar así actualizar la eficacia y la frescura del método y la teoría. Lo que urge es revisar críticamente la rigidez de los parámetros a fin de poder, como Freud en su momento, discernir el punto de urgencia actual, tanto en el individuo como en la cultura.

El punto de urgencia que me interesaría destacar en este trabajo es que lo que marcha a contrapelo entre la cultura y el psicoanálisis son los valores subyacentes en juego en ambos. Por consiguiente, en tanto subyacentes, convendría ponerlos en evidencia y enumerar algunos de estos valores inherentes al método y al dispositivo

⁹ Considero imprescindible para los psicoanalistas una conciencia de las dinámicas que mueven al mundo en el cual vivimos, pero eso no debe confundirse con un aliento a la acción revolucionaria como se postulaba como deber a finales de la década de los 60 y durante la de los 70 en nuestro medio.

¹⁰ Esta autora en un solo párrafo da una imagen elocuente de los pacientes "posmodernos": *"Hace algunos años encontrábamos sobre el diván del analista un buen número de pacientes que sufrían diversas formas de impotencia sexual o frigidez, en un contexto en que el objeto sexual habitualmente era amado o sobrestimado. 'La amo y sin embargo no puedo hacer el amor con ella'. Hoy hay más analizados que dicen: 'hago el amor con ella pero no la amo'".*

analítico en especial disputa con los cambios culturales propios de la así llamada “posmodernidad”.

En general, los psicoanalistas solemos dejar traslucir el celo por nuestra filiación psicoanalítica a través de mostrar nuestra adhesión incondicional a los conceptos fundamentales de la disciplina como el inconsciente, la sexualidad infantil y la transferencia. Retirarlos, tácticamente, del centro del escenario y concentrar la atención en los valores no va en desmedro de dichos conceptos. Solamente que sobre éstos se ha insistido y controvertido ampliamente a lo largo de los años, mientras que el destilado de los valores implícitos que están en juego en su práctica son menos reconocidos y frecuentados y, a mi entender, coinciden con los valores más permanentes de la condición humana. Paso a enumerarlos:

a) Trabajo psíquico: con esto pretendo señalar una diferencia de la terapia analítica con cualquier otro método terapéutico. La significación del “trabajo” entronca con el acento con que Freud diferenció la “identidad de percepción” y la “identidad de pensamiento”, “el trabajo elaborativo” y el “trabajo del duelo”. Los resultados en la terapia analítica no son gratuitos y provienen del esfuerzo propuesto al psiquismo por la indagación, que implica trabajo psíquico. El analista no provee ningún medio supresor para el alivio inmediato del padecimiento que aqueja al paciente, sino que debe alentar o despertar en él el vector motivacional para que el padecimiento mismo ejerza en el paciente el estímulo necesario para internarse en lo desconocido o inexplorado de sí mismo. Es más importante ayudar a la formulación de la indagación que al suministro de respuestas. Estas últimas no serían más que clisés, si se las proveyese de un supuesto saber. Si bien esto implica para el paciente y el analista renunciar a los atractivos atajos de las soluciones *prêt-à-porter* y los expone a enfrentar incertidumbres, el resultado para ambos, en experiencia emocional y vivencial, es inconmensurable. Parafraseando al poeta, de lo que se trata, no es de transitar los caminos remanidos sino de “...hacer camino al andar...”. ¿Cómo conciliar este valor con la cultura actual del facilismo y de la fascinación de los productos vistosamente envasados?

b) Atención personal: el contacto personal, estable y continuo con el paciente en un encuadre pactado y coherente, no sólo provee un escenario propicio para la emergencia en el campo transferencial-contratransferencial de los pretéritos conflictos no resueltos, sino

que reproduce en forma simbólica el ámbito humano en que la cría se aprovisiona de sus necesidades biológicas, afectivas y culturales (universo de significaciones) imprescindibles para su supervivencia. No existe otra prestación tan centrada en la atención personificada, ni la suficiente valoración colectiva de sus efectos terapéuticos, especialmente en esta época donde la eficacia tecnológica desplaza y hace olvidar el sentido entrañable e insustituible de los vínculos humanos. En apoyo a esta afirmación cabría recordar y así ponderar en su dramática dimensión el fenómeno del “hospitalismo” descrito por René Spitz.

c) Historicidad y Singularidad: la experiencia analítica, que permite recuperar la historia propia e irrepetible de cada persona, contribuye a definir simultáneamente su singularidad. El procesamiento de la experiencia dentro de una continuidad histórica con tiempos y espacios elaborativos serían el antídoto ante el sistema de vida de “videoclip”. Con la propuesta de concebir la idea de singularidad se trataría de zafar de la oposición –muchas veces ideológicamente sustentada– entre el individuo “aislado” (Bleger, op. Cit.) y el hombre-masa-indiferenciado. El primero desestima sus relaciones de interdependencia con los demás y con la sociedad en su conjunto, mientras que el segundo no terminaría de adquirir los contornos que lo definen y lo diferencian de los demás.

d) Interioridad psíquica: la atrofia o desaparición de la interioridad psíquica probablemente sea la peor consecuencia de los efectos indeseables de la posmodernidad sobre nuestra subjetividad, que por consiguiente ya no merecería ese nombre. La sobrevaloración de la eficiencia y operatividad de las conductas en el mundo externo va en detrimento de una interioridad inevitablemente conflictiva. Esta “sobreadaptación” operaría de forma tal como si “los eternos problemas del hombre” se hubieran subsumido en problemas fácticos y “extrínsecos”, así como si el tiempo mecánico de los relojes desplazara en forma total el tiempo subjetivo.

BIBLIOGRAFIA

- AHUMADA, J. L. (1997) Crisis de la Cultura y crisis del Psicoanálisis, en *Descubrimientos y Refutaciones*. Editorial Biblioteca Nueva. A.P.M. 1999.
- ARBISER, S. (1973) Esquemas de Psicoterapia con grupos. Publicada en la *Revista Acta psiquiátrica y psicológica de América Latina* (1973).
- ARBISER, S. (1978) Un modelo de psicoterapia grupal. Publicado en la *Revista de Psicoanálisis* (APA), Tomo XXXV, nro.4 1978.
- ARBISER, S. (1984) Psicoterapia grupal centrada en la tarea terapéutica. *Revista de la Asociación Escuela de Psicoterapia para Graduados*, n° 9, 1984.
- ARBISER, S. (1985) El grupo interno. Reflexiones acerca de la relación entre la red intrapsíquica e interpersonal. *Psicoanálisis* (ApdeBA), vol. VII, 1985.
- ARBISER, S. (1986) Diálogo analítico y grupo interno. *Revista de la Asociación Escuela Argentina de Psicoterapia para Graduados*, n° 12-13, 1986.
- ARBISER, S. (1988) Diálogo analítico, grupo interno y complementariedad estilística. *Psicoanálisis* (ApdeBA), vol. X., n° 1, 1988.
- ARBISER, S. (1990) Transferencia e interacción humana. *Psicoanálisis* (ApdeBA), Vol. XII, n° 2-3, 1990.
- ARBISER, S. (1992) Una propuesta de cambio en la concepción del psiquismo: El grupo interno, Boletim Científico, Edição Especial, Sociedade Psicanalítica Do Rio de Janeiro, 1992.
- ARBISER, S. (2001) El grupo interno. *Revista de la Sociedad Arg. de Psic.* Nro. 4. Julio 2001.
- BLEGER, J. (1963) *Psicología de la conducta*, Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- CARLISKY, N. (COMPILADOR); ESKENAZI, C. K. DE Y KIJAK, M. (1998) *Vivir sin proyecto. Psicoanálisis y Sociedad Posmoderna*, Ed. Lúmen (1998), Buenos Aires.
- ESPIRO, N. (1985) El malestar en la Cultura. Problemas del psicoanálisis aplicado. *Revista de Psicoanálisis*, 1985, Tomo XLII, 6.
- GADDINI, E. (1984) Los cambios en los pacientes psicoanalíticos de nuestros días, Cambios en los Analistas y en su Formación, Colección de Monografías, nro. 4. Asociación Psicoanalítica Internacional, 1984.
- FREUD, S. (1895) Estudios sobre la Histeria. O.C. T. 2. Amorrortu E. 1976, pág. 309.
- FREUD, S. (1908) La moral sexual y la 'nerviosidad' moderna. O.C. Amorrortu Ed. 1976.

SAMUELARBISER

- FREUD, S. (1912/3) Tótem y Tabú. O.C. Amorrortu E. 1976.
- FREUD, S. (1915/16) Conferencias de introducción al Psicoanálisis. O.C. Tomo XV. Amorrortu E. 1976, pág. 188.
- FREUD, S. (1917) Duelo y Melancolía. O.C. Amorrortu E. 1976.
- FREUD, S. (1921) Psicología de las Masas y Análisis del Yo. O.C. Amorrortu E. 1976.
- FREUD, S. (1923) El Yo y el Ello. O.C. Amorrortu E. 1976.
- FREUD, S. (1924) La pérdida de la realidad en la neurosis y la psicosis. O.C. Amorrortu E. 1976, pág. 195.
- FREUD, S. (1927) El porvenir de una Ilusión. O.C. Amorrortu E. 1976.
- FREUD, S. (1930) El Malestar en la Cultura. O.C. Amorrortu E. 1976.
- FREUD, S. (1932) ¿Por qué la guerra? O.C. Amorrortu E. 1976.
- FREUD, S. (1938) Moisés y la Religión Monoteísta. O.C. Amorrortu E. 1976.
- LIPOVETSKY, G. (1983) *La era del vacío*. Anagrama, Barcelona (1986).
- MCDUGALL, J. (1982) *Alegato por cierta anormalidad*. Ediciones Petrel, 1982, pág. 270.
- PICHON RIVIÈRE, E. (1971) *Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Ed. Galerna (1971).
- SARTORI, G. (1998) *Homo videns. La sociedad teledirigida*. Taurus 1998, Madrid.

Samuel Arbiser
Av. Las Heras 2126, 12º "I"
C1127AAQ, Capital Federal
Argentina